

## EJEMPLO

(1) Un devoto caballero de la provincia de Histria era molestado todos los días por la horribilísima tentación de ahorcarse, que por cierto estuvo algunas veces muy cerca de ejecutarlo. Descubrió su pena á un religioso, el cual, luego de haberlo consolado, le dijo que tuviese en su compañía un sacerdote que le celebrase Misa todos los días, á fin de que él la oyese. Puso en ejecución un medio tan santo, marchándose el sacerdote y el caballero á una posesión de éste, situada en un lugar muy solitario. Así pasaron mucho tiempo, sin que la tentación se reprodujese; cuando cierto día el sacerdote deseó ir á celebrar la fiesta de un pueblo vecino cuya iglesia regentaba un amigo suyo. Convino en ello el caballero, creyendo que él podría también oír la santa Misa; mas por divina providencia, salió tan tarde de casa que era ya mediodía cuando se dirigía á la iglesia. Encontró en el camino á un labrador, quien le certificó habían terminado ya los oficios divinos. Sumamente acongojado el caballero, y reproducida la antigua tentación, comenzó á maldecir su suerte y á decir que pues aquel día no había oído Misa se tenía ya por perdido. Replicóle el labriego que no se acongojase, que él le vendería la Misa y lo que había merecido delante de Dios con ella. Turbado el caballero, asintió á la propuesta del maldito labrador y cedió á éste una ropa preciosa que consigo traía; á pesar de todo quiso llegarse al templo y hacer oración á Dios. Pocas horas después, al regresar á su hacienda, pasó por el mismo lugar donde se cometió la infame simonía y vió ¡horror! que el rústico se había ahorcado de un árbol, permitiéndolo así el Señor en castigo de su pecado. Estupefacto el caballero, dió continuas gracias á Dios porque le había librado á él de la tentación; quedó libre de ésta para siempre y creyó una vez más que la santa Misa fué la que le alcanzó, juntamente con la gracia espiritual de no caer en pecado, el verse libre de una muerte funestísima.

(1) Pius II, in sua Cosmographia.

## XXIII

*Riquezas del Santo Sacrificio de la Misa.*

*Sacrificium laudis honorificabit me, et illic iter,  
quo ostendam illi salutare Dei.*

Sacrificio de alabanza me honrará, y allí está el camino por donde le mostraré la salud de Dios.

Ps. XLIX, 23.

1. ¿Por qué razón el Hijo de Dios exigió á los apóstoles y á sus sucesores que cada vez que hubiesen de consagrar su divino Cuerpo y Sangre ejecutasen esta sublime Obra en memoria de Él? Preciso es que antes de responder como conviene á esta sencilla pregunta indique al menos que el tiempo en que Jesucristo instituyó la divina Eucaristía es precisamente el que emite sobre este asunto luz brillantísima. La institución de este adorable Misterio fué la señal de que se alzaba el telón de las profecías para dar lugar á la escena de la cruenta pasión de Jesucristo que las confirmaba; fué el punto de partida para andar el trayecto punzante que había de terminar en la cumbre del Gólgota. Y momentos antes de comenzar á sufrir angustias mortales en el Huerto de las Olivas, instituye la augusta Eucaristía, para que, como última Prenda que concedía al mundo, antes de morir, recordase á los hombres los tormentos que le esperaban. He ahí por qué ordena á sus apóstoles: «Cuantas veces celebrareis este adorable Sacrificio lo haréis en memoria de mí;» no precisamente en memoria de su Divinidad,

de sus atributos, de su Humanidad, de su vida, milagros, trabajos, etc., sino de su Pasión dolorosísima. Sí; Jesucristo ha querido se celebrase la santa Eucaristía en memoria de su Pasión; por esto habréis oído repetidas veces que el bello Misterio del Altar es «memorial de la Pasión de Cristo,» y lo es efectivamente en cuanto Sacrificio. Por eso que es memorial es también su Testamento, por el cual nos deja su sangre y su vida, así como nos la dió cruentamente en el Calvario; y á la manera que en el Sacrificio efectuado en este lugar se recopilaron todas las riquezas de la Omnipotencia, así también en el Sacrificio de la Eucaristía, compendio de las maravillas divinas, se suman todos los tesoros del Altísimo.

2. Pero ¡ah! que este Sacrificio del Altar es un memorial escrito con sangre reciente, es una fotografía animada, es una imagen viva de la Pasión del Hombre-Dios, quien, en las tres largas horas que pendiente estuvo en la Cruz, dejó á la humanidad en disposición perfecta de curarse de sus profundas llagas, proporcionándole al efecto un caudal infinito de medicinas y de otros bienes para su remedio. Pero el Hombre-Dios no había experimentado su pasión para efectos de un momento: su sangre, derramada sobre la cima del Gólgota, corrió por las faldas del monte y se extendió por todo el mundo; las riquezas que ella proporcionara debían ser de todos los siglos y para todos los hombres, porque por todos éstos murió Jesucristo: y he ahí que en el santo Sacrificio del Altar es donde se realiza este bien inmenso que tantos frutos espirituales y sociales ha producido.

Examinemos, pues, detenidamente las invaluables riquezas que se ocultan en el Misterio del Altar, celebrado por el sacerdote en memoria de la Pasión del Hombre-Dios; para cuyo mejor estudio distribuyo el presente discurso en tres partes: 1.<sup>a</sup> *Riquezas existentes en la celebración de la Misa.* 2.<sup>a</sup> *Riquezas que provienen de ayudarla y de oirla.* 3.<sup>a</sup> *Riquezas que por medio de la S. Misa consigue la universal Iglesia.*

## §. I.

Si fuera á consignar, cual cumple, las excelencias del Sacrificio de nuestros altares, los encomios que le han tributado los santos y varones místicos, las alabanzas que le han prodigado los Concilios y las asambleas religioso-cívicas; si fuera á declarar las riquezas que contiene este Divino Sacrificio é insertan los doctores católicos en sus abultados volúmenes, sería cuestión de nunca terminar un asunto, que sólo acabará con la desaparición del hombre sobre la tierra. Mientras exista Religión Católica habrá personas amantes de Jesucristo que incrustarán nuevas perlas en el florón literario de la prosa y de la poesía religiosa.

3. Pero entremos en el fondo del asunto: si ninguna de las bellas acciones que Jesucristo practicó sobre la tierra pudo compararse con haber extendido amorosamente sus brazos en infame Madero, y haber expirado en él, vertiendo hasta la última gota de su rica sangre, tampoco puede parangonarse ninguna de las obras magníficas de la Iglesia con una sola Misa. En efecto: la bendición de los agnus, la consagración de un obispo, la coronación del Sumo Pontífice, las procesiones más solemnes, las rogativas más puras y las peregrinaciones más numerosas y devotas no pueden equipararse ni con mucho con la celebración del augusto Sacrificio eucarístico. Solemnes por el aparato de los utensilios religiosos, y venerables por lo selecto de los ministros y por la gravedad de las rúbricas; mas ¿qué tendrán que ver con la grandeza, con la gravedad, con la hermosura de la Santa Misa? La Misa es comparable únicamente con el sacrificio de la Cruz, y si este acto fué tétrico por lo sangriento, aquél es glorioso por lo bello y saludable.

4. Y para que se comprenda el respeto que debe inspirar este primordial acto del Catolicismo, debo manifestar que el cielo se halla estupefacto cuando se celebra la augusta Misa; por esto afirma el Crisóstomo que, cuando asistimos á esta Divina Obra, debemos pensar que estamos lejos de la tierra, que nos hallamos en el cielo agregados al

coro de los ángeles y serafines, porque, en efecto, al Sacrificio del Altar asisten innumerables espíritus celestes (1), que hacen la corte á Jesucristo Sacramentado. Y no podía menos de ser así, porque donde esté el rey está la corte, dice S. Ambrosio (2); mas esta corte es tan numerosa, añade el Crisóstomo, que la vista no alcanza á distinguir tanto y tan compacto número de querubines que, formando coro, y con sus cabezas inclinadas, reverencian al Dios de la gloria sacramentado. En su confirmación asegura S. Gregorio que, al celebrarse la santa Misa, se abren los cielos y dejan pasar á innumerables espíritus bienaventurados que bajan á postrarse de hinojos ante el Sacramento (3). S. Eutimio cuenta de sí mismo que, cuando celebraba, veía gran multitud de célicos espíritus de los cuales unos ministraban al sacerdote y otros adoraban á Cristo Sacramentado. Sta. Catalina de Bolonia oía cantar el sanctus de las Misas solemnes á millares de ángeles, que con sus melodiosos acordes extasiaban el alma (4); y una doncella virtuosa, oyendo Misa, tuvo la felicidad de ver que las vestiduras sagradas del celebrante resplandecían como el sol, que todo su cuerpo despedía rayos de luz, y que al elevar la S. Hostia dos hermosos ángeles sustentaban los brazos del sacerdote, recogiénole sus mangas cuando dejaba el sagrado Pan sobre los corporales (5). Pero qué, ¿será necesario aducir más testimonios en comprobación del asunto que nos ocupa? No; basta que innumerables siervos de Dios aseguren haber tenido las mismas visiones y haber sentido la presencia de los angélicos espíritus, para probar la excelencia del Santo Sacrificio de la Misa y la dignidad de los sacerdotes que le celebran. Mas si es venerable el Sacrificio en este concepto; si de su celebración tanto bien, tanta merced adquiere un sacerdote con ser elevado á ser compañero de los ángeles

(1) Lib. 3 de sacerdot.

(2) Lib. de dignit sacerdot.

(3) Lib. 4 de dialog., cap. 56.

(4) Breviar. Franciscano.

(5) Promp., litt. M, ejemp. 42.

y ser mayor que éstos en potestad, también es venerable porque:

5. Es la Obra en que más se honra Dios. Á la verdad; las hermosas frases del salmista que me han servido de texto prueban la realidad de la doctrina que acabo de sentar. Antes de la Encarnación del Verbo, Dios Padre vaticinó de su Hijo divino que Éste le honraría sobremanera con un sacrificio de alabanza. Las sagradas Letras repiten á menudo este concepto, y lo cierto es que el sacrificio de alabanza es precisamente el Sacrificio del Altar. Así lo expresa S. Lorenzo Justiniano cuando afirma que con ningún sacrificio es alabado el Señor tan honrosamente como por medio de la immaculada Hostia de nuestros altares. Este Sacrificio es una inmolación perfecta del Hijo de Dios, juntamente con la presentación de todos sus méritos y dones que hace á su Eterno Padre. ¿Acaso existe criatura alguna que tenga tanto ascendiente con el Padre, como Jesucristo? En Jesucristo únicamente se ha complacido la Trinidad Beatísima; á Jesucristo solamente ha glorificado el Padre; todas las demás criaturas racionales, aun María Santísima, si algo son en el orden del espíritu, en el orden de lo sobrenatural, lo son por Jesucristo y en vista de sus infinitos méritos. Un solo nombre se nos ha dado, dice S. Pablo, con el cual podemos ser salvos, y éste es Jesús.

6. Luego la Santa Misa es la Obra en que más se honra Dios; es la Obra que más le agrada; es la acción más santa, más meritoria y sublime cerca de la Divinidad. Gusto indecible daría á Jesucristo S. Pedro Apóstol, convirtiéndolo y bautizando en dos ocasiones ocho mil judíos; gloria inefable le tributaría S. Pablo, recorriendo fatigado la mayor parte del mundo, predicando y convirtiendo millares de enemigos de la Cruz; placer sumo le causaría N. P. S. Francisco, conquistando por millares los hombres y mujeres para llevarlos á los pies del Salvador; placer sin medida le conseguiría S. Vicente Ferrer, convirtiendo doscientos cincuenta mil judíos y cincuenta mil moros; gloria sin cuento le produciría el V. Fr. Martín de Valencia, bauti-

zando á más de un millón de paganos. Pero, ¿cuánta no será la satisfactoria dicha que le habrán dado los doce millones de mártires, que derramaron su sangre por la fe católica? ¿Cuánta la de infinitos confesores y vírgenes, practicando las virtudes más puras? ¿Cuánta la de innumerables pontífices y apóstoles, que llevaron el nombre de Jesucristo por todo el orbe? ¿Cuánta no le habrán conseguido millones de plumas, que se ejercitaron en probar y defender la Obra civilizadora y salvadora de Jesucristo? Pues bien: poned en un platillo todo el honor y toda la gloria que le han tributado todos los hombres de buena voluntad, y poned en el otro toda la gloria y el honor que le produce una sola Misa, celebrada por el sacerdote más pobrecito y más indigno, y veréis con gran admiración que el platillo donde está la Obra de la Sta. Misa pesa más que el en que están los méritos de los siervos de Dios. ¡Ah! exclama en una de sus revelaciones el V. Fr. Juan de los Ángeles: el gusto, la gloria y el contentamiento que el Padre Eterno recibe cada vez que el sacerdote le ofrece á su muy amado Hijo es tan grande, que todo el gusto, la gloria y el contentamiento que los coros de los ángeles y los demás bienaventurados le ofrecen de continuo es como nada en su comparación (1). Por esta razón la Santa Misa:

1. Es la Obra en que podemos agradar más á Jesucristo, á la Virgen Santísima y á los bienaventurados; y esta proposición no es más que un perfecto corolario de lo anterior; porque si el adorable Sacrificio del Altar es la acción más grata á Dios Padre, es también para N. S. Jesucristo la obra más digna que podemos ofrecerle, no sólo por ser Dios, sino también por el constante deseo que Jesucristo tiene de salvar á todos los hombres; ya que no está de más repetir que por este sacrificio se aplican los méritos de la Pasión del Salvador. ¿Qué gustosos no estarán la Virgen Santísima y los santos contemplando desde el cielo la celebración de una Misa? Si ponderamos las ideas precedentes, llano

(1) Lucha espiritual, trat. II.

es que los moradores celestiales se unirán alegres á la devoción de los viadores, para saborear las delicias existentes en la acción más solemne de nuestra Religión augusta.

Si así es, por el mismo hecho de ser el Sacrificio eucarístico la Obra más grata á la Trinidad Beatísima y á toda la corte angélica, nos hallamos con una riqueza inmensa que sólo Dios puede apreciar; porque ciertamente, con la Misa lo tenemos todo, y si la celebración de una sola Misa es de mayor entidad que todos los actos de mortificación que podamos practicar para agradar al Eterno; ¡oh qué riquezas poseen todos los cristianos amantes del augusto Sacrificio! Ved aquí por lo tanto una de las razones poderosísimas para que los doctores unánimemente afirmen que la santa Misa:

8. Es la Obra en que hallamos provechos mayores que en ninguna otra. El Eterno lo ha prometido al vaticinar que le habíamos de honrar con un sacrificio de alabanza; entonces quiso añadir; «y allí está el camino por donde mostraré la salud de Dios;» por manera que con la santa Misa nos ha de venir esta salud espiritual, y hasta nuestro bien temporal si no obsta al fin último de nuestra alma. Jesucristo en la Misa se humilla, solicita y logra lo que pide. Si el Eterno al contemplar humillado al hijo de Abraham le prodigó inmensos favores, ¿qué hará al ver á su propio Hijo tan abatido y hasta en cierto modo aniquilado en la Misa? ¿no le colmará de riquezas sin medida? y si las solicita, ¿no se las otorgará inmediata é incondicionalmente? Refiere Surio que San Porfirio, obispo de Gaza, llegó á Constantinopla, siendo emperador Arcadio, con la difícilísima empresa de que el mencionado príncipe mandara destruir los templos de los ídolos. Fué hecha la valiente petición; mas el monarca, aunque cristiano, no se atrevió por de pronto llevarla á la ejecución por temor á los muchos gentiles que en su imperio había. En esta contingencia le nació un niño á Arcadio y fué llevado al templo para ser bautizado. El santo obispo se entregó á profunda meditación para ver de qué medios se valdría á fin de conseguir sus deseos; terminada, renovó

su petición, insertándola en un memorial que puso entre las manecitas del augusto neófito. El regio padre notó con extrañeza que su hijo llevaba un papel entre las manos; movido de natural curiosidad, lo desdobra, lo lee, y le causa su lectura tanta gracia que, como si fuera la primera petición que le hacía su heredero, la concedió inmediatamente. Ahora bien; si así se porta un rey temporal con su hijo, quien no tenía todavía mérito alguno contraído para con su padre, ¿qué tal no se portará el Rey eterno con su Hijo divino, quien tantos y tan invaluable méritos alcanzó sobre la Cruz?

9. Lo que alcanza el Salvador en la Oblación eucarística se debe también al sacerdote que celebra. Sin el ministro no se nos conceden favores, porque sin el ministro no puede haber sacrificio. ¡Oh Sacerdote! cuánta es tu dignidad, cuánto tu poder! Por ti, Jesucristo es arrancado del seno de la Divinidad y puesto en tus sagradas manos; y á la manera que con Jesús nos vienen todos los bienes, por ti se derraman copiosamente sobre los mortales los tesoros del cielo. Al sacerdote, en efecto, ha confiado el Eterno la llave de sus ricos tesoros para que los dispense en beneficio propio y de los demás.

10. Ved por consiguiente, cuántos bienes se consiguen de celebrar una sola Misa, y qué gloria tan esplendente se tributa á la Trinidad Beatísima. S. Bernardo asegura que el celebrante le ofrece á Dios en una sola Misa mucho más que si le distribuyera toda su hacienda entre los pobres, aun cuando fuese señor del universo y diese de limosna todo el mundo y sus rentas; y el Crisóstomo añade que el que asiste al incruento Sacrificio merece tanto como si se hubiera hallado presente al de la Cruz.

Aun cuando fuese tan solo por aliviar á las almas benditas del Purgatorio deberíamos los sacerdotes celebrar tantas veces cuantas la Iglesia N. Madre lo permite. Enseña S. Gregorio que la pena de los difuntos se suspende en el ínterin que la Misa se celebra; y principalmente la pena de aquéllos por quienes con especialidad ruega y dice el sacerdote la Sta. Misa; y S. Jerónimo añade que mientras es

DE LA S. EUCARISTÍA COMO SACRIFICIO 289  
celebrado este augusto Sacrificio por un alma del purgatorio no padece ésta ningún género de tormento.

## §. II.

11. Quien asiste al celebrante sirve personalmente al mismo Jesucristo, el cual es el principal ministro y oferente. Con esto se comprenderá la alteza suma á que es elevado el que ayuda la S. Misa, y la dignidad grande que alcanza, porque es un ministro subalterno del Hombre-Dios. La Esposa del Cordero ha otorgado privilegios y honores á los diáconos, subdiáconos y ordenados de menores; pero muchos de estos honores y privilegios los otorga asimismo á los que de acólito asisten al sacerdote en el Sacrificio.

Todos los tesoros concedidos á los que oyen con devoción la S. Misa son otorgados asimismo á los que la ayudan, con doble ventaja, y sin duda con duplicado mérito, porque, á más de asistir á la misma venerable Acción, son copartícipes de los bienes que alcanza el sacerdote celebrante. El Abad S. Nilo encarga celosamente á los varones, que ayudan Misa, que estimen su oficio y lo ejecuten con mucho cuidado, silencio, reposo, ornato y humildad, y les dirige además las frases siguientes: «Determiné escribiros estos renglones para que advirtáis la dignidad soberana de este divino Sacrificio y le ministréis con temor y reverencia. Ni permitáis que en el tiempo de su celebración haya entre los oyentes contiendas, ni los que á Él se llegan hagan ruido, ni hablen, aun por señas, ni anden cambiando de lugar, ni miren á una ni á otra parte, ni en cosa alguna procedan con desenvoltura ó poca advertencia.»

Quisiera poder estimular á todos los cristianos varones de cualquier condición, rango y edad, para que procuren ayudar al celebrante cuantas veces les sea posible; quisiera no tuviesen ningún reparo en ello, ni, lo que Dios no permita, se avergonzasen de practicar un ministerio tan alto en el que se han honrado los hombres eminentes. El Señor nos libre de caer en tentación semejante. Con objeto de arrancar el error en esta parte y desilusionar á no pocos incautos, deseo pro-